a volverse al estado de niños; para darnos a entender que los ministros del evangelio, que han de tratar con ellos, si pretenden hacer buena obra en el culto de esta viña del Señor, conviene que dejen la cólera de españoles, la altivez y presumpción, y se hagan indios, con los indios, flemáticos y sufridos, como ellos, pobres y desnudos, mansos y humildes, como lo son ellos.

Por esta humildad que aquellos siervos de Dios mostraron en hacerse niños con los niños, obró el Espíritu Santo para su consuelo y ayuda en su ministerio una inaudita maravilla en aquellos niños; y fue que, siéndoles tan nuevos y tan extraños a su natural aquellos frailes, negaron la afición natural de sus padres y madres, y pusiéronla de todo corazón en sus maestros, como si ellos fueran los que los habían engendrado y criado, en tanta manera que ellos mismos fueron los que descubrieron a los siervos de Dios los ídolos que sus padres tenían escondidos y los acusaron de sus supersticiones y errores, como se verá adelante en el proceso de esta historia.

Este ejemplo de hacerse niños con los niños estos imitadores de Cristo nuestro señor, dél mismo lo tomaron, pues sabían por San Mateo,[2] que para confundir la alteración que sus discípulos tuvieron, acerca de la mayoría del reino de los cielos, llamó un niño (que fue, según Lira, San Marcial, que después lo envió San Pedro a predicar a la provincia Lemonicense, en el reino de Francia) y lo puso delante de todos, y según San Marcos,[3] lo abrazó y hizo mil caricias y dijo: Que el que había de ir a los cielos y ser mayor allá, había de ser acá en el suelo tan pequeño en la simplicidad y llaneza, como aquel niño que tenía entre sus brazos; que por ser tal lo abrazaba y ponía en su regazo. De aquí pudieron tomar motivo estos apostólicos varones de mostrarse tiernos y mansos con estos niños y darles el corazón, y amarlos como a hijos, pues ya veían sus esperanzas cumplidas, en la ayuda que les daban, para salir con su intento, y comenzar la obra de su predicación y enseñamiento.

CAPÍTULO XVI. *De cómo se edificó la iglesia de San Francisco en la ciudad de Mexico y se puso en ella el Santísimo Sacramento; y del grande provecho que desto comenzó a resultar*

UNQUE (como tenemos probado en el libro de los templos) Dios no tiene necesidad de casa en que viva, pues es infinita su grandeza, con todo ha querido tenerlas en la tierra por muchas razones que en aquel libro dijimos; el cual número de casas dedicadas en la tierra en su honra y servicio, creció mucho más en este estado de gracia, que las hubo en el de las otras dos leyes; pues no sabemos que entonces hubiese tenido

[2] Math. 18.
[3] Marc. 9.

más que el tabernáculo, hecho por orden de Moysén, y después el templo edificado por Salomón. Y ahora no sólo él tiene muchas y muy sumptuosas, pero ha querido su majestad santísima que muchos de sus santos las tengan, donde, haciendo memoria dellos, sea su santísimo nombre alabado, y su soberana misericordia engrandecida. Este uso y costumbre, habiendo corrido por todo el cristianismo sin interpolación, porque sin estas casas y templos, ni tendríamos consuelo, ni pareceríamos cristianos, pues ya parece una de las condiciones del cristianismo, sin la cual no vivimos; y así decimos que donde quiera que nuestros cristianos se hallan, las edifican, como cosa convenible a nuestro estado y devoción.

Aunque es así, no luego que los nuestros entraron las tierras destas indianas gentes construyeron templos e iglesias, hasta que llegaron a ellas nuestros frailes franciscos; que, dado caso que llegaron a ellas los españoles, el año de 1519, todo se les fue en guerras y conquistas, hasta el tercero siguiente, que fue de veinte y uno, que fue el que entraron en esta ciudad de Mexico y la sujetaron; en el cual tiempo, no sólo no tenían vagar para hacer casas, pero ni tiempo suficiente para hacer guerra y defenderse de sus enemigos. Y aunque después se hizo el marqués señor destos reinos, tampoco tuvieron iglesias fundadas por los sobresaltos en que vivían, y debían de oír misa y celebrar los oficios el sacerdote o sacerdotes que con ellos andaban, en lugares secretos y recogidos, atendiendo más a lo forzoso de la ley cristiana, que a la pompa y majestad con que debía de ser a los infieles manifestada; por cuanto ni tenían aquel aparato conveniente para la celebración de los oficios, ni tampoco ministros idóneos para celebrarlos. Porque aunque es verdad (según parece y consta por las historias primeras) que un clérigo presbítero vino con el marqués, llamado Juan Díaz, dícese que murió en la ciudad de Tlaxcalla, y pudo ser, que no mucho después de la llegada de los nuestros a aquella provincia; lo cual es verosímil de creer, por la poca memoria que de su estado clerical se hace. Tampoco la edificaron los dos frailes nuestros, que ya dijimos haber venido de las islas, con los capitanes y compañías que entraron en estas conquistas, o porque no debieron de venir luego de los primeros, o porque tampoco se les aliñó manera, ni modo de hacer casas sagradas, por la priesa que los naturales les daban en traerlos ejercitados en las armas. Y dado caso que fray Bartolomé de Olmedo viniese con el marqués (como vino) por ser solo y sin autoridad de la Iglesia romana, no la tenía para edificar iglesias, y harto haría en acudir a administrar los sacramentos a los soldados, según las muchas y forzosas necesidades que en aquella sazón ocurrían. Séase lo que fuere, la verdad es que el año de veinte y cuatro, que fue cuando llegaron nuestros doce frailes franciscos, no había iglesia edificada en todo este reino.

Pero como llegaron, el santo fray Martín y sus compañeros, dieron orden cómo se hiciese; lo cual fue hecho, y así el año siguiente, que fue el de veinte y cinco, se edificó el templo e iglesia de San Francisco, en esta ciudad de Mexico, que fue la primera iglesia que hubo en todas las Indias, de lo que se llama Nueva España y Pirú la cual, como tengo dicho, se edificó el año

de mil y quinientos y veinte y cinco, con mucha brevedad; porque el gobernador don Fernando Cortés puso en su edificación mucho calor, aunque poca que pusiera bastara, según era la multitud de las gentes que a su edificación concurrieron. Cubrióse el cuerpo de la iglesia de madera y la capilla mayor de bóveda, y en ella pusieron las armas de Cortés, no porque él la hubiese edificado a su costa (que en aquellos tiempos, ni muchos años después, no se les pagaba a los indios lo que trabajaban en los edificios de las iglesias, sino que cada pueblo hacía la suya, y aun a las obras de Mexico ayudaron otros muchos pueblos, a los principios, sin paga y cuando mucho daban de comer en los monasterios a los que en ellos trabajaban y los edificaban) sino por el mucho favor que daban a los religiosos, no sólo en aquella obra, sino también en todo lo que se les ofrecía, así en las necesidades corporales como para la conversión y ministerio de los indios.

Fue para los indios que entonces vivían cosa muy nueva y de grande espanto la capilla edificada de bóveda, porque nunca llegó su arte a pensar que cubierta semejante, hecha de piedra, pudiese sustentarse por sí misma, no alcanzando la fuerza de la clavería, ni tampoco el ajustamiento de las piedras; y así aconteció que cuando quisieron derribar la cimbria, para aprovecharse del templo, no hubo remedio que indio ninguno entrase debajo, temiendo que había de caerse y cogerlos en trampa, dado caso que andaban encima cuando se hacía, aunque a su parecer seguros, por la cimbria de madera que el edificio sustentaba. Y era tanto el miedo que le tenían, que aun después de haberla quitado se asomaban a las puertas de la iglesia con grandes recatos y temores a ver el artificio, espantándose que piedras sin madera se tuviesen en el aire, hasta que viendo que los nuestros entraban y salían, y que el templo no se hundía, le perdieron el miedo, entraban dentro a las vueltas de los otros y asistían a las misas y oficios como los demás.

El primer sitio que tomaron nuestros frailes para la edificación de su casa e iglesia, no fue el que ahora tienen, sino otro, en el cual está ahora edificada la iglesia mayor desta ciudad, el cual se les dio por estar junto a las casas del marqués, que entonces eran las que ahora son reales; y también porque las del emperador Motezuma estaban allí junto deste sitio, y aun cogía parte de ellas. Que ésta fue costumbre de los primeros evangelizadores del santo evangelio en estas Indias, poner sus iglesias y casas junto de las de los señores y caciques, para tener más entrada con ellos en las cosas de la conversión. Pero pareciéndoles a nuestros frailes que aquel lugar estaba muy metido en la ciudad, que ahora es de españoles, y que los indios estaban a trasmano, para doctrinarlos con más facilidad (que era el pío que sus benditas ánimas tenían) lo dejaron y se pasaron al que ahora tienen, en cuyo contorno estaba el mayor gentío de los naturales, y el sitio primero se vendió por el síndico del convento en cuarenta pesos, no porque los religiosos quisieran que se vendiera, sino porque el que se lo apropió no se aseguraba en su posesión, hasta que por algún precio lo conociese por suyo. Y así dio cuarenta pesos por él (que si ahora

se comprara no tenía precio) y el recaudo deste traspaso y venta he tenido en mi poder. Este mismo año de veinte y cinco se puso en esta santa iglesia, edificada a la vocación de mi glorioso padre San Francisco, el Santísimo Sacramento de la Eucharistía; para cuya solemnidad se buscaron, como era razón, todas las maneras de fiestas que pudieron ser posibles, así en ayuntamiento de gentes, sacerdotes españoles, e indios principales de todas las provincias y reinos comarcanos, como de atavíos, ornamentos, músicas, arcos triunfales (que entonces los hacían maravillosos), invenciones y danzas, que fue esta solemnísima representación una muy consolatoria edificación de los indios, así cristianos como gentiles; y ocasión de que muchísimos dellos se convirtiesen al yugo santo de nuestra sante ley. Y no fue de menos importancia esta grandiosa y celebrada fiesta en esta dedicación, que en la ley antigua, la que se hizo del templo de Salomón; porque si para colocar y meter dentro el Arca del testamento, donde no había más que las tablas de la ley, la urna del manná y vara de Aarón, hubo tanto aparato de músicas, acompañamientos de gentes y grandeza de sacrificios, para constituir y poner en el altar al mismo Dios sacramentado, era mucha más razón que fuese con toda la solemnidad y fiesta posible, y aunque excediese en mucho más, esta desta nueva iglesia a aquella del testamento viejo, así como también excedía el Señor verdadero, que verdadera y realmente allí estaba al Arca, que sólo contenía su ley, en cuyo propiciatorio daba sus respuestas cuando era necesario y convenía.

Desta dedicación (como digo) resultó convertirse muchos de los gentiles, no sólo de los presentes, pero de los ausentes a nuestra santa fe, y pedir el agua del santo baptismo, viendo la diferencia que había de las fiestas con que en la tierra se honra nuestro Dios, llenas de alegría y regocijo espiritual, a las con que ellos honraban a sus falsos dioses, llenas de sangre humana y de toda espurcicia, de hediondez y fealdad, por ser Dios amigo de limpieza y no de estas asquerosas inmundicias. Habiendo ya llegado el tiempo en el cual no solamente no quiere que estas cosas se hagan, ni que la sangre de los hombres racionales se derrame, pero ni aun de las ovejas y corderos, que en otro tiempo le eran ofrecidas; que dado caso que por entonces las toleraba, ya como superfluas y de poco fruto, las ha repudiado y tenido en poco como se lo dijo por expresas palabras a los de su pueblo.

De aquí (pues) tomaron ejemplo los indios para celebrar después de cristianos las festividades de nuestro Dios y señor, y las de sus escogidos y santos, con el aparato y sumptuosidad, como adelante se dirá, mayormente en la fiesta de Corpus Christi.

En los tres o cuatro años primeros, después que se ganó la ciudad de Mexico, no hubo sacramento sino sólo en la iglesia de San Francisco, que era entonces como matriz y catedral de aquestos reinos, donde asistía el santo varón fray Martín de Valencia, que servía las veces de prelado general en todo lo espiritual, como vicario legítimo de nuestro santo pontífice, que lo es universal de la iglesia de Dios. Y así en esta santa casa se celebró el primer concilio provincial que hubo en estas Indias (como adelante veremos). El segundo lugar donde se puso este santísimo sacramento fue en la

ciudad de Tetzcuco; y así como se iban haciendo las iglesias de los monasterios, lo iban poniendo y constituyendo en ellas. Cosa es de grande nota y consideración saber que así como se puso el santísimo sacramento en aquesta dicha iglesia y se iba poniendo en las demás que se iban edificando, así también iban cesando los aparecimientos e ilusiones del demonio, que antes de esto eran muy continuas a estas gentes. Pero no es maravilla que huyesen estas furias infernales destos lugares sagrados a la voz del verdadero y legítimo rey, heredero de todo el universo, pues él, como legítimo poseedor, echaba deste usurpado reino al tirano que tiránicamente lo poseía. Como también en la primitiva iglesia, cuando vino al mundo a echarle dél, los ahuyentaba y afrentaba hasta hacerles decir a gritos sus afrentas y desconsuelos, diciendo estas desventuradas criaturas, según los evangelistas: Christo Jesús, ¿por qué veniste antes de tiempo a atormentarnos? Como si dijeran: Ahora que nos hallamos poderosos y señores de las almas y en la mayor pujanza de nuestro señorío, ¿vienes a hacernos guerra? Aguarda al juicio final que entonces, como Señor y juez que eres dél, harás juicio de ellos y de nosotros, y nos encerrarás en las cavernas secretas del infierno; en el interin que esto sucede déjanos poseer a estos que por engaño son nuestros vasallos. El sentimiento que los demonios mostraban en estos tiempos era porque viéndose privados de los servicios y sacrificios con que de tan inumerable gentío y por espacio de tantos años habían sido obedecidos y revenciados, no lo podían llevar en paciencia; y por esta causa aparecían a muchos, en diversas formas, y los traían en mil maneras engañados, y se les quejaban diciéndoles: Que ¿por qué no les servían y adoraban como antes solían, pues que eran sus dioses? Y que los cristianos presto se habían de volver para su tierra. De aquí nació entre ellos opinión, y lo tuvieron muy creído los primeros años, y aun de cierto pensaban que los españoles no estaban de asiento en esta tierra, sino que habían venido para volverse; y persuadíanse a ello viendo la priesa que se daban a recoger el oro y plata, y otras cosas de precio y estimación, así como las podían haber a las manos. Y así esperaban los indios este día de su partida, como si fuera verdad que hubieran de irse.

Otras veces les decía el demonio que aquel año quería matar a los cristianos y vengarse de las injurias que le hacían. Otras, les persuadía a que se amotinasen contra los españoles y alzasen con la tierra y los matasen a todos, que él sería en su defensa y les ayudaría; y a esta causa se movieron algunos pueblos y provincias a rebelarse, y les costó caro, porque iban sobre ellos los cristianos y los mataban y hacían esclavos a todos, o a los más dellos. Otras veces los amenazaban, diciéndoles que no les habían de dar agua, ni había de llover, porque los tenían enojados. Con éstas y otras cosas semejantes andaban los demonios vacilando y como atontados, persuadiendo a estas gentes su malicia y el volverse a su falsa adoración; pero Dios, que ya tenía misericordia dellos, los ayudaba y libraba de sus astucias y mañas, tapándoles las bocas y quitando la eficacia de sus persuasiones y palabras, ordenando en esta su nueva iglesia que el santísimo sacramento obrase eficazmente, lo que obró su venida al mundo, en aquella primitiva,

cuando hizo callar todos los oráculos gentílicos y ató las lenguas a los demonios para que no diesen vanas respuestas, como antes acostumbraban; que como se dice comúnmente, Dios consiente, pero no para siempre; permitió por algún tiempo que estos falsos engañadores trajesen engañado al mundo, porque así estaba ordenado y dispuesto, según su eternal providencia y disposición; pero llegó la hora determinada, para que toda esta calumnia y embeleco cesase y se introdujese el conocimiento verdadero de Dios y se manifestase el engaño del demonio, el cual era manifiesto en las intercadencias que traía con los desvaríos en que andaba, unas veces persuadiendo uno y otras incitando a otro; como el enfermo de calentura mortal y aguda, que mientras más se va acercando a la muerte, más aquejosa y desatinadamente desvaría, manifestando en tanto desasosiego su cierto y presuroso fin y acabamiento, como en realidad de verdad le sucedió al demonio, en estas partes, en aquellos principios que parece que cayó de golpe su deidad y grandeza, en lo general y público, aunque en lo secreto y particular no dejaba de tener mano para algunos engaños y mentiras.

Para esto tuvo también, este padre de mentira, sus ministros que en secreto le ayudaban; éstos eran hechiceros y embaucadores que andaban de secreto por los pueblos, persuadiendo a la gente simple lo que el enemigo de la luz les enseñaba; y a los que creían sus embustes y eran baptizados, les lavaban la cabeza y el pecho, diciendo que les quitaban la crisma y olio santo que habían recebido en el baptismo (como si este santo sacramento no se imprimiese en el alma y fuese indeleble, por imprimir, como imprime, en la misma alma carácter). Y de aquí he venido a entender un caso que hasta que supe esta invención diabólica no sabía; y es, que cierta persona principal, no lejos de esta ciudad de Mexico, cayó enfermo de la enfermedad que murió, al cual, como es costumbre, se le dio la extremaunción, y después de haber salido el religioso que se la administró, llegó unos destos diabólicos ceremoniáticos y le lavó todas aquellas partes donde se le había puesto el olio santo; y aunque supe el caso de una persona que vido la diabólica ceremonia, no lo entendí y creí que era ignorancia de los caseros y aunque lo pregunté no me supo dar razón del intento. Y después advertí ser este que tengo referido. Y no hay que concebir mala opinión destas gentes, por este caso singular, pues sabemos que en lo general ha cesado; y aunque en los que lo cometen de presente (que no se sabe) es reprehensible y de grande castigo, si se cogen y pueden haberlos a las manos, no es más asqueroso que son otros muchos en nuestro hispanismo, en el cual conocemos hechiceros y brujos, los cuales son castigados a cada paso por el Santo Oficio; y no porque entre tantos buenos hay estos malos, por eso los buenos son menospreciados. Que la culpa que uno comete en particular no es razón que sea castigada generalmente en un reino. Así que no es maravilla que entre estas gentes aún haya algunos déstos; y no porque los haya han de ser tenidos todos por tales. Que entre los cristianos buenos no pierden los que lo son, porque haya y vivan a su sombra algunos que son malos.

Los que se hallaban destos hechiceros (que fueron muchos) eran castiga-

dos por los ministros de la iglesia y ahora también lo son, si se halla alguno, porque la Santa Inquisición aún no conoce en los indios destos casos. Pero por mucho que el demonio se esforzó en aquellos tiempos, Jesucristo lo desterró del reino que aquí poseía; y donde antes todos eran suyos ahora aun no hay endemoniados como los hay en otras partes. Y aunque hubo nigrománticos que encantaban a muchos, y hechiceros que mataban a otros y hacían otros daños, no pudieron empecer a los cristianos; y espantados desto decían que los que habían venido eran xochmilca, que así llamaban a los mil sabios encantadores, y los ídolos nunca más les dieron respuestas. Una cosa notable acaeció, cuando se puso el Santísimo Sacramento en Mexico, y fue que un volcán muy alto, que justamente con otra muy alta sierra, cerca dél, suelen estar nevados mucha parte del año (como en otra parte hemos dicho) echaba mucho humo y muy continuamente cesó de echarlo desde entonces, por espacio de casi veinte años, y después volvió a echarlo, no sé si quiso Dios dar a entender, por aquel modo, que así como cesaba por entonces aquel humo en aquel volcán, así cesaban las idolatrías, y que las almas que hasta entonces se desaparecían como el humo, no siendo dignas de Dios por sus pecados, ya se hacían de su gremio, por la gracia que en los sacramentos de su iglesia se les comunicaba. Pero dejando esta alegoría digo, que ya ha muchos años que deja de echar humo, como entonces sucedió, cuya causa natural decimos en otra parte.

CAPÍTULO XVII. *De los primeros religiosos de la orden del gloriosísimo padre Santo Domingo que vinieron a estas indianas tierras a evangelizar la palabra de Dios, movidos con el celo de la conversión destos indios*

ASE DIOS EN EL GOBIERNO DESTE UNIVERSO, como los reyes y monarcas del mundo en sus reinos y monarquías, que con solicitud y cuidado velan de noche y trabajan de día, despachando cédulas y nombrando personas, para la mejor disposición y concierto de sus potentados y señoríos, porque, como señor que es universal de todo, no menos están las cosas en lo presente a su divino y general cuidado, que lo estuvieron en los tiempos pasados, desde la creación del hombre; porque tan suyos somos ahora como lo fueron entonces, y aun muy más particulares hijos los que hemos merecido nacer, después de su venida al mundo; porque, aunque es verdad que todos lo son y que en la fe de Jesucristo todos somos salvos, hay diferencia en tenerla nosotros ahora clara y explícita a la que hubo antes de su santo advenimiento. Y aunque los dolores de Christo eran profetizados entonces, no al menos los había pasado en su persona, y así no sabía dellos por experiencia, como ahora lo sabe, y hijos de dolores suelen ser muy estimados y queridos; y esto se ve en el parto de Raquel, que pariendo a Benjamín (de cuyo parto murió) le llamó Benoni, que quiere decir hijo de dolor, porque le costaba la muerte; aunque después le dio el